



UN MALDÍA

Paloma Muña / Oriol Vidal



FUNDACIÓN **MAPFRE**

Cuidado **SOS**





UN MALDÍA

Paloma Muña / Oriol Vidal



Edición especial para el proyecto CuidadoSOS
de FUNDACIÓN MAPFRE, agosto de 2013

Coordinación técnica de FUNDACIÓN MAPFRE: Raquel Manjón
Coordinación editorial: Carla Balzaretti Flores
Edición: Carolina Pérez Gutiérrez
Diseño de cubierta e interiores: Jonás Gutiérrez
Maquetación: M.^ª Jesús Merinero

Textos: Paloma Muiña
Ilustraciones: Oriol Vidal

© FUNDACIÓN MAPFRE, 2013
Paseo de Recoletos, 23
28004 Madrid
www.fundacionmapfre.org

© Ediciones SM, 2013
Impresores, 2 - Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte, Madrid (España)
www.grupo-sm.com

Depósito legal: M-21757-2013

Impreso en la UE / *Printed in EU*

*Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro,
su tratamiento informático, la transmisión de cualquier forma
o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia,
por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito
de los titulares del Copyright. Material gratuito. Prohibida su venta.*

–¡Mamá, me voy al cole! –gritó Raúl justo antes de cerrar la puerta. En ese momento, un coche pasó por la calzada a toda velocidad, pisó un charco y le salpicó entero. Raúl se quedó unos segundos aturdido, tratando de entender qué había pasado. Luego se miró: además del pelo y la cara empapados, tenía el pantalón y el jersey llenos de manchurrones.

–Genial –murmuró. Miró el reloj. Ya no le daba tiempo a cambiarse.

Se abrochó el abrigo y echó a correr. Pero al cabo de un rato tuvo que detenerse, porque estaba sin aliento. No paraba de toser y estornudar, y tenía la nariz totalmente taponada. Sacó un pañuelo del bolsillo y entonces...

–¡Ahí va! El bocata. Me lo he dejado encima de la mesa de la cocina...

Volvió a mirar el reloj. Llegaba tardísimo.

–Menuda porquería de día –gruñó otra vez. Y echó a correr.



Diez minutos después entraba por la puerta de clase. Llevaba el pelo empapado, la ropa llena de barro y le colgaban los mocos de la nariz. Matías, el profe de Conocimiento del Medio, ya estaba dentro y lo miró con cara de pocos amigos. Y a él le dio un ataque de tos tremendo.

–Raúl, siéntate en tu sitio y no interrumpas.

–Lo siento, profe –se disculpó Raúl. Y se sentó en su sitio, al lado de Marta.

Ella lo miró de reojo:

–¿Qué te ha pasado? –susurró.

–Me he dormido. ¡Achís!

–¿Y por eso estás empapado?

–No, es que...

–Ejem, ejem... Como decía... –Matías miró directamente hacia Raúl y él enmudeció–. Como decía, esta semana está previsto hacer un simulacro de incendio. Ya hemos hablado de esto otras veces, y creo que todos tenéis claro los pasos que debéis seguir. Yo me encargaré de esta clase, así que os pido por favor que, cuando llegue el momento, escuchéis bien mis instrucciones...

–¡Achís! Perdón.

–...que escuchéis bien mis instrucciones para que hagamos todo de la manera más eficiente y rápida posible. No os olvidéis de que esto será un ensayo, pero que en cualquier momento podría ocurrir de verdad. Y hay que estar preparado...

–Toma, un pañuelo –le susurró Marta a Raúl.

–Gracias –contestó él antes de ponerse a toser como un loco–. Tenía que haberme quedado en casa. Menudo día.

–¡RAÚL RODRÍGUEZ! Como sigas interrumpiendo te echo de clase.

–¡Achís! Perdón...

–Bueno, ya no sé ni lo que estaba diciendo. Me voy a la sala de profesores para coger la carpeta. Enseguida vuelvo. No alborotéis.





¿DÓNDE ESTÁ FEDE?

AHÍ DENTRO.



ZZZZ...



PERO ¿QUÉ HACE AHÍ?



ESCONDIDO. NO TENÍA LOS DEBERES HECHOS.

¿Y QUÉ ARREGLA CON
METERSE EN UN ARMARIO?

YA SABES,
COSAS DE FEDE...

5



3



VOY A SACARLO DE ALLÍ. ¡ACHÍS!

6

4



7

–Bueno, ya está. Empezamos la clase –dijo Matías mirando a su alrededor. Todos estaban sentados en su sitio.

–¿Y el simulacro, cuándo va a ser? –preguntó una niña con gafas y pelo corto.

–El simulacro, cuando suene la alarma –contestó Matías–. ¿O crees que cuando haya un incendio de verdad vamos a saberlo con antelación? Puede ocurrir en cualquier momento –sonrió con aire misterioso–. Raúl, sal a la pizarra –añadió.

–¡ACHÍS! ¡ACHÍS! ¡ACHÍS!



–Eeeeh... Mejor suénate. César, sal tú. Y cuéntanos cuáles son los cuatro puntos cardinales y cómo podemos orientarnos durante el día.

Mientras César Martínez ponía los brazos en cruz, tratando de explicar dónde estaba el Norte según la posición del sol, y Raúl buscaba desesperadamente un pañuelo limpio, empezó a sonar un timbre muy fuerte. El timbre que anunciaba el final de las clases. Pero ¡acababan de empezar!

El profesor Matías, que estaba escribiendo algo en la pizarra, dejó la tiza en su sitio y dijo con cara de sorpresa:

–¡Caramba, qué pronto! Muy bien, dejad todo como está y poneos en fila junto a la puerta.

Algunos niños empezaron a meter sus cosas en la mochila y a ponerse los abrigos, otros se dirigieron a la puerta y unos cuantos más se quedaron en su sitio riendo y charlando. Raúl seguía buscando su pañuelo.

–¡He dicho que dejéis todo como está y hagáis una fila! ¡YA! –bramó Matías.

Entonces sí, todos corrieron hacia la puerta. Aun así, todavía se oían algunas risitas nerviosas. Raúl había encontrado por fin el paquete de pañuelos y se colocó con Marta al final de la fila.

–Bien, ahora vamos a seguir las señales de salida de emergencia. No es el camino habitual de salida del colegio, así que no os despistéis. Deprisa, pero sin correr ni empujaros. Y EN SILENCIO.

Los niños salieron del aula y vieron que los alumnos de todas las clases habían salido también y caminaban con prisa. Y aunque no estaban en silencio, es verdad que hablaban bajito, porque los profesores estaban todos muy serios.

–Vamos, vamos rápido –dijo Matías. Y echó una última mirada a la clase para comprobar que no quedaba nadie y que las ventanas estaban cerradas. Después, cerró la puerta del aula y se reunió con sus alumnos.

–Casilda, ponte delante. No pierdas de vista a los alumnos de la clase C, que van justo por delante de nosotros, ¿de acuerdo?

Casilda asintió con la cabeza y se quitó las gafas para limpiarlas con la manga de su jersey.

–Y no dejes que nadie te adelante –añadió Matías–. Tenemos que seguir un orden. Marta, tú al final. Lo mismo: no dejes que nadie se quede atrás.

Pedro, el conserje, iba por el pasillo indicando el camino. No paraba de consultar su reloj, como si se le hiciera tarde.

–¡Seguid las señales, vamos, las señales, y no perdáis de vista al profesor! ¡Está todo despejado! –gritaba.

–¿Todo despejado? ¿Qué significa eso? –preguntó Marta cuando pasó por delante de él.

–Significa que las salidas hasta el punto de reunión están libres; ya me he encargado yo de comprobarlo. Soy el Responsable de Evacuación de esta planta –explicó Pedro, todo orgulloso.

–Ah, qué interesante... –gruñó Raúl. Pero no pudo seguir protestando porque le dio un ataque de tos.

–Venga, Raúl, no te pares –le dijo Marta dándole un empujoncito–. Con esa tos, como nos alcance el humo, te vas a ahogar.

–¿Qué humo? Esto es un simulacro, ¿te acuerdas? No hay ningún incendio.

–Pero hay que actuar como si fuera verdad, ¿no te has enterado?

–El que no se ha enterado de nada ha sido Fede. Espero que este simulacro termine pronto, porque si no, le va a dar algo metido dentro de ese armario...

–Eso le pasa por hacer tonterías... ¿A quién se le ocurre esconderse en un armario? –dijo Marta.

–¡A Fede! –contestaron los dos a la vez. Y se echaron a reír.

–Vamos, vamos, ¿qué hacéis ahí parados? –exclamó Matías–. Seguid las señales hasta la salida de emergencia.





Raúl y Marta fueron los últimos de su clase en atravesar las puertas dobles con el cartel «salida de emergencia» marcado en verde. Luego bajaron por una escalera caminando todos pegados a la pared y desembocaron en un pasillo completamente desconocido, pero no se detuvieron ni un momento. Matías no paraba de achucharles para que caminaran a toda prisa.

–Rápido, pero sin correr. Deprisa, pero ¡no os empujéis! No corráis. Vamos, vamos...

–No hay quien lo entienda. ¿Qué quiere, que corra despacio?

–Más bien que andes deprisa –replicó Marta–. ¿Es que no te enteraste de nada en la charlas sobre emergencias y evacuaciones?

Raúl alzó los ojos diciendo:

–Y Fede roncando, seguro. Menudo morro.

Fede, en efecto, había estado roncando hasta hacía un minuto. Y tan alto que se despertó de un susto.



–¿Qué? ¿Dónde? ¿Qué pasa?

Por supuesto, no se acordó de que estaba metido en un armario, y se dio un golpetazo tremendo.

–¡Ayyyyy! –protestó frotándose la cabeza. Luego se quedó en silencio, escuchando. Qué raro: no se oía ni una mosca. Estuvo varios segundos con la oreja pegada al armario de madera. Nada. Lo mismo Matías les había puesto un ejercicio y estaban todos escribiendo en silencio. O a lo mejor se había pasado dos horas durmiendo y habían salido ya al patio. Abrió un poco la puerta y miró por la rendija. Por lo poco que veía, la clase estaba vacía. Miró el reloj:

–Pero ¡si es prontísimo! ¿Dónde se ha metido todo el mundo?

Con mucho cuidado para no hacer ruido, abrió el armario, salió y miró la pizarra: alguien había dejado una frase a medias. Y en las mesas estaban los libros abiertos. Y en las perchas, las mochilas e incluso algunos abrigos.

–¿Qué ha pasado aquí? –susurró. Parecía que todo el mundo hubiera salido corriendo.

Se acercó con precaución hasta la puerta. Estaba cerrada, así que la abrió muy despacio y escuchó: silencio absoluto. Salió al pasillo y empezó a caminar pegado a la pared, temiendo que en cualquier momento apareciera un profe y le cayera una buena. Y así, pegado a la pared, llegó hasta la clase de al lado, se asomó y... ¡también estaba vacía!

–Pero bueno, ¿qué es esto? ¿Una broma?

Ya sin mucho cuidado, empezó a recorrer el pasillo para comprobar que todas las aulas estaban vacías. No había un alma.

–Esto no me mola nada –murmuró–. Yo me voy a casa.

Regresó hasta su clase y, no sin cierto nerviosismo, se puso el abrigo y empezó a meter libros en la mochila.

–No tengo ni idea de qué deberes habrá hoy. Mejor me llevo todos los libros...

Su voz retumbaba en el silencio y le dio un escalofrío.

–Fede, deja de hablar solo –se susurró– o empezaré a pensar que te has vuelto loco de verdad...

Cargado como un mulo, salió al pasillo y empezó a caminar hacia la puerta del colegio. Justo en sentido contrario a la salida de emergencia.

–Parece que huele a humo –murmuró, pero siguió caminando–. No vuelvo a esconderme nunca más en un armario. Creo que el calor me ha afectado a la cabeza...

Poco a poco, todos fueron entrando en el polideportivo, donde se había establecido el punto de reunión. Matías se felicitaba por lo rápido que había ido todo.

–Qué buenos chicos, ¿eh, Pedro? –dijo con orgullo.

–Sí, sí –contestó el conserje mirando el reloj–. Pero ahora hay que hacer el recuento, y todavía falta por llegar la gente de la planta baja. ¿Cómo es que tardan tanto?

–Bueno, en la planta baja están los pequeños, son más difíciles de manejar.

–No sé... Ahora le pregunto al director –contestó Pedro sin dejar de mirar hacia la puerta del polideportivo. Desde allí dentro, no se podía ver el edificio del colegio, y eso le daba cierta intranquilidad–. Bueno, esta es la lista de tu clase.



Los chicos se habían sentado en el suelo del polideportivo, muy cerca de la entrada. Parecían muy contentos, charlando y riendo. Estaba guay eso de saltarse media mañana de clase y escapar a toda prisa por pasillos misteriosos del cole. Menuda aventura...

Matías se acercó a sus alumnos y empezó a pasar lista. Marta y Raúl se miraron con cara de susto.



–Mara Esteban –dijo Matías.

–Yo.

–Nuria Falcón.

–Aquí.

–Mario Ríos.

–...

–¿Mario Ríos? ¡Dónde está Ríos!

–Eh... yo, aquí –respondió Mario, que estaba charlando con una niña de otra clase.

–Laura Martínez.

–Yo.

–Federico Nogales. Ah, no, que Fede no había venido hoy, ¿verdad?

Marta empezó a mirarse las uñas de las manos como si fueran lo más interesante del mundo y a Raúl le dio otro ataque de tos.

–De todos modos habría que comprobarlo –siguió hablando Matías, más bien consigo mismo–. ¡Casilda! Dile a Pedro que necesitamos el teléfono de contacto de Federico, por favor.

Matías miró cómo Casilda se alejaba para buscar a Pedro y echó un vistazo general al polideportivo. Casi todos los alumnos estaban sentados, charlando y riendo. Los habían dividido por cursos y por clases, y cada clase tenía un responsable que, en estos momentos, estaba pasando lista, como él.

En una esquina, junto a la entrada de las gradas, habían montado el centro de intervención. Desde allí, el director coordinaba toda la evacuación. Ahora mismo parecía bastante alterado. Tenía un teléfono en cada mano y no hacía más que dar órdenes a la gente de su alrededor.

Justo en ese momento llegaron los alumnos más pequeños, los de la planta baja. Venían un poco alborotados, y los profes, también. María, una de las profesoras de Infantil, y la responsable de su planta, se dirigió a Matías, que estaba con su grupo, junto a la puerta.



–¿Dónde está Pedro?

–Supongo que buscando la lista de contactos. Hay un alumno que...

–¿Y don Antonio? ¡Necesito las listas de Infantil ya!

Matías la miró extrañado. Parecía nerviosa.

–¿Qué te pasa?

–¿Que qué me pasa? –contestó María, enfadada. Era raro verla así, normalmente era una chica muy tranquila–. ¡El incendio ha empezado en el baño que hay al lado de mi clase!

–¡¿El incendio?! –gritó Matías.

Justo en ese momento el conserje llegaba corriendo con el número de teléfono de los padres de Fede.

–¡¿Qué incendio?! –preguntó el conserje.

Durante tres segundos, María, Matías y Pedro se miraron, tratando de comprender lo que estaba pasando. Luego se pusieron a hablar todos a la vez.

–Pero ¿no era un simulacro? –preguntó Matías.

–Pero ¿no os habéis enterado de que había un incendio? –preguntó María.

–¿Han salido todos los de la planta baja? –preguntó Pedro.

–¿Están todos los alumnos fuera? –preguntó Matías.

–Sí –contestó Pedro.

–¿Quién ha hecho sonar la alarma? –preguntó Matías.

–¿Alguien está dentro sofocando el fuego? –preguntó Pedro.

–Yo –dijo María.

–¡¿TÚ?! –exclamaron Matías y Pedro.

–¡Yo he hecho sonar la alarma! Pero no sé nada de los bomberos...

En ese momento apareció el director, y se dirigió a María:

–Ya han llegado los bomberos, y el equipo de primera intervención se ha retirado, porque el fuego no está todavía bajo control. Aquí está la lista de alumnos de tu planta. Repártela y asegúrate de que están aquí todos los alumnos.

Marta y Raúl escuchaban la conversación con los ojos desorbitados. Los dos estaban pensando lo mismo: Fede. ¡En el armario! Y un incendio justo debajo de él.

–Tenemos que avisarlo –susurró Raúl.



–¿Cómo quieres que lo avisemos?

–Pues volviendo a clase. ¡Achís!

–¿Estás loco? –replicó Marta muy enfadada–. Lo que hay que hacer es decírselo a Matías.

–Sí, hombre, para que lo regañen...

Marta lo miró como quien mira a un marciano en una cafetería.

–Raúl, ¡es un incendio! ¡De verdad! Esto hay que decírselo a los profes, ellos sabrán qué hacer.

–Tú haz lo que quieras, marisabidilla. Yo me voy a buscarlo.

Marta vio cómo Raúl aprovechaba el lío que se había montado en el polideportivo con la llegada de los más pequeños para escabullirse por la puerta de atrás. No se lo podía creer. Y ahora, ¿qué hacía ella?





1
¿ME ESTÁ DICRIENDO
QUE FEDERICO NOGALES
HA IDO HOY A CLASE?

¿FAMILIARES DE
FEDERICO NOGALES,
POR FAVOR?



MATÍAS, TE TENGO QUE
CONTAR UNA COSA...



2



4



5

HAY DOS NIÑOS AHÍ DENTRO, PERO
NO SABEMOS DÓNDE ESTÁN...

3



QUE
A...

6



7



8



¡AGUÍ, SOCORRO,
AYUDAAAA!

9



TRANQUILA, MARTA,
LOS BOMBEROS
LOS SACARÁN DE ALLÍ...

10



11



EL PERIÓDICO DEL BARRIO

Incendio en el Arboleda

Ayer martes, a las 9.30 horas de la mañana, se produjo un incendio en el colegio Antonio de la Arboleda, en la calle del Pan, número 21. Las causas no están claras todavía, pero según han apuntado algunos de los testigos, podría haberse producido por unos desperdicios acumulados en un cuarto de baño de la planta baja, donde se sitúan las clases de Educación Infantil. Gracias a la rápida actuación de una profesora, María Martín, que puso en marcha el protocolo contra incendios, y a la buena preparación de todos los profesionales del centro, no se produjo ningún daño más allá de los materiales.

Al parecer, el incendio tuvo lugar el mismo día en que el director del centro, en coordinación con las autoridades, había preparado un simulacro para prevenir situaciones de este tipo. Ahora, según nos ha comentado el propio director, analizarán la actuación de todos los implicados para corregir posibles errores y mejorar la preparación de simulacros futuros.



En la foto, Raúl Rodríguez y Federico Nogales.

¡Salvados por los pelos!

Raúl Rodríguez y Federico Nogales, dos alumnos de Tercero de Primaria, estuvieron en serio peligro. Al parecer, Federico no oyó la alarma ni siguió a sus compañeros cuando se produjo el desalojo del edificio. Raúl, a su vez, decidió ir en busca de su amigo cuando el incendio estaba en pleno apogeo. Gracias a su amiga Marta, que dio el aviso inmediatamente, y a la rápida actuación de los bomberos, no se produjo ninguna desgracia. Federico parecía todavía un poco afectado cuando lo entrevistamos, después de que los médicos lo examinaran.

«No vuelvo a dormir en un armario», afirmó. Se desconoce la relación que existe entre el citado mueble y el siniestro. El misterio será desvelado cuando las investigaciones arrojen resultados.

Parece que este no será un buen día. Raúl se ha levantado con el pie izquierdo; Federico se ha escondido porque no tenía los deberes hechos y en el colegio han organizado un simulacro de evacuación, pero ¿será solo un simulacro?

Este libro pertenece al Proyecto Educativo CuidadoSOS, cuyo objetivo es fomentar la prevención de accidentes en la infancia en el ámbito doméstico y escolar. Se centra en la adopción de conductas seguras y responsables, implicando a la familia y a los educadores.

Estos materiales pretenden dar a conocer dónde y por qué ocurren los accidentes e incidir en cómo la adopción de ciertos hábitos puede contribuir a reducirlos y evitarlos.

Si deseas más información sobre el proyecto CuidadoSOS, o quieres colaborar en su difusión, ponte en contacto con nosotros a través de las webs:

www.fundacionmapfre.org

www.cuidadosos.com

www.educatumundo.com



Ejemplar gratuito

